

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Olvidada de las olvidadas

Las mujeres de la Generación del 27 han sido invisibilizadas por la Historia. Aunque proyectos como 'Las Sinsombrero' están recuperando algunos nombres -Concha Méndez, María Teresa León, Maruja Mallo...-, otros siguen en el olvido. Luisa Carnés es la olvidada de las olvidadas.

Nació en 1905 en el barrio madrileño de Las Musas. En cuanto cumplió once años

-edad legal para trabajar- dejó la escuela para ayudar a su familia. Mientras trabajaba como aprendiz en un taller de sombreros, la lectura era su forma de escapar de la realidad; devoraba los folletines que salían en la prensa y los clásicos rusos que sacaba de la biblioteca popular de Chamberí.

Gran observadora de lo cotidiano, pronto empezó a escribir relatos que narraban la vida de las mujeres trabajadoras en la España de la época, la explotación y los abusos que sufrían y de las desigualdades entre clases sociales. Todo ello con Madrid como escenario, una ciudad retratada como hambrienta y miserable para los pobres pero llena de esplendor para los ricos. Publicó su primer libro -'Peregrinos de Calvario'- en 1928, en la editorial Babel del zaragozano José García Mercadal. Elogiada por Cansinos



Portada de L. Carnés.

Assens y «a medio camino entre Rosa Chacel y Concha Espina» según Giménez Caballero, la escritora que «salía del taller y no de la universidad» sorprendió a todos. Hasta 1936 colaboró en prensa y publicó dos novelas más, ambas con una gran carga de denuncia social.

Al estallar la Guerra Civil, huyó a Francia. Pasó por un campo de internamiento, del que salió gracias a la intervención de Margarita

Nelken. Viajó a México en el mismo barco que José Bergamín y Emilio Prados, allí trabajó como periodista -firmaba como Clarita Montes- y colaboró con la prensa del exilio. Escribió más de una docena de obras, muchas de las cuales quedaron inéditas. Luisa Carnés murió a los 59 años en un accidente de coche.

La editorial gijonesa Hoja de Lata ha rescatado 'Tea Rooms (mujeres obreras)', donde Luisa Carnés narra su experiencia tras el mostrador de un salón de té de la Puerta del Sol. La novela retrata la vida de esas muchachas que aguantaban mil humillaciones para ganar las tres pesetas diarias de jornal, que tenían que elegir entre gastar sus últimos céntimos en comer o en coger el tranvía, chicas que no tenían para zapatos pero tenían esperanza. Una novela necesaria para no olvidar de dónde venimos.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO

Kinks, placer discreto

Hubo un tiempo en el que la pregunta boba era «¿Tú eres de los Rolling o de los Beatles?» Daba igual la respuesta. Alguna mente ágil (y con sensibilidad musical, caramba) descubrió la respuesta secreta: «Yo soy de los Kinks». Ah, los Kinks... qué grandes en su simpleza, poco ruidosos, delicados, irónicos y con una capacidad para la melodía y el análisis social que ya quisieran



Portada de los Kinks.

algunos que usted está pensando ahora, pillín. Cantaron al Imperio Británico pero guardando las distancias, hablaban de los placeres de una taza de té y de las cosas pequeñas pero de una manera tan tierna y sutil que uno no podía por menos de amarlos. Aquellos atardecidos en el puente de Waterloo ('Waterloo sunset' sigue poniendo la carne de gallina con su «sucio y viejo río...»), aquellos encuentros en medio de una juega ética con adorables travestis ('Lola'), nuestros álbumes de fotos ('Picture book') o los tiempos delirantes en los que todo el mundo hacía una «ópera rock» y ellos no iban a ser menos, si bien su 'Preservation act 1 and 2' más bien era una ópera simpática, rural y agropecuaria, más bien de andar por casa. Poca broma con estos británicos deliciosos: los dos hermanos Davies se odiaban (y sospecho

que siguen sin quererse mucho) pero la música que transmitían tenía la misma energía y la misma belleza que la que podía conseguir un pongo, Brian Wilson. Sí, unos músicos estupendos.

Da igual por donde descubrirlos. Sus primeros tiempos con el aclamado 'You really got me', su época de gloria marcada por un disco genial como 'Face to face', los discos deliciosos de

los setenta como 'Streetwalker' o 'Misfits' e incluso las tempestades sonoras de sus directos o la chulería de un 'Give the people what they want' (Dale a la gente lo que quiere) que demostraban que el grupo podía ser arrebatador en directo y en estudio. El libro 'The Kinks. Riffs, controversia y té cada tarde' (Josep Calle, Ed. Lenoir) habla de eso, de ellos, de su música adorable y a pesar de que se le achaca cierto academicismo y demasiados «datos» en lugar de pasión uno diría que ahí radica su gracia. Se necesitaba una historia de esta banda humilde pero imprescindible, una relación de sus numerosos discos y de sus anécdotas (incluido su espantoso paso por España en los sesenta). La emoción ya la pondrá el lector cuando descubra a una de las joyas escondidas de la música contemporánea. Dese el gusto.